

turalza. Comparemos lo que nosotros tendremos que sufrir con lo que Jesucristo sufrió por nosotros, y nos avergonzaremos de encontrar aun en nosotros un residuo de oposicion y de resistencia.

Peticion y coloquio.

Concededme, ó Señor, la dicha y la felicidad de participar de vuestros oprobios, y de mirarlos como un tesoro mas estimable que todas las riquezas del mundo. Amen.

MEDITACION CCCXV.

CAIDA DE SAN PEDRO.

(Luc. xxii, 54-60; Matth. xxvi, 58, 69, 74; Joan. xviii, 15-18, 25-27; Marc. xiv, 54, 66, 72).

1.º Caída preparada por la presuncion; 2.º caída efectuada segun la prediccion.

PUNTO I.

Caída preparada por la presuncion.

La presuncion produce en nosotros cuatro defectos que anuncian una caída próxima é infalible; estos defectos son los siguientes:

1.º *La negligencia en tomar los medios necesarios para vencer la tentacion:* estos medios son la vigilancia y la oracion... Jesús habia advertido á sus Apóstoles, y principalmente á Pedro, de la necesidad de estos dos medios, y habia juntado á ellos su ejemplo: habia él mismo interrumpido dos veces su oracion para ir á advertir á Pedro que orase con él: Pedro tenia tanta mas necesidad de esto, cuanto se habia mostrado mas presuntuoso, porque habia llevado tan adelante la presuncion, que se prefirió á todos los otros, que no creyó cosa alguna de las que Jesucristo le dijo, ni puso atencion alguna á sus divinas palabras. Hé aquí la primera causa de nuestras caídas, omitir la oracion y la meditacion. ¿Y qué es lo que nos la hace omitir? Nuestra presuncion que nos ciega, y nos hace creer que podemos sostenernos sin este socorro. Cuando se huyeron los Apóstoles se dividieron: los unos se fueron por una parte, los otros por otra: los unos se refugiaron en la ciudad, y los otros corrieron hácia Betania. Pedro habia tomado al parecer este último partido, cuando algo reparado de su primer susto volvió atrás, y habiéndose acercado á Jesús, aunque no mucho por no ser visto de los soldados que lo llevaban, pero lo bastante para poder seguir el camino de su Maestro, «*lo seguía á lo lejos...*» ¡Ah! Pedro, ¿dónde vas? ¿No

te acuerdas que Jesús te ha dicho que por ahora no podias seguirlo, sino que lo seguirás despues, un dia ¹? ¿Por qué prevenir el tiempo? Es verdad que le has respondido que estabas pronto á dar por él la vida, á seguirlo á la prision y á la muerte; pero no se puede negar que el ardor de esta resolucion se ha resfriado ya mucho á la vista del peligro. Tu precaucion y la manera con que lo sigues no es de hombre dispuesto á dar su vida; no se sigue mucho tiempo á Jesucristo cuando se sigue solo á lo lejos. ¡Ah! anda, vé, y alcanza á tus compañeros, no busques una vana ostentacion de distinguirte de ellos, pues si te distingues será para tu confusion... Si un presuntuoso pudiese hacer alguna observacion sobre sí mismo, de la manera misma con que se presenta al peligro, conoceria que caminando á él va á su cierta ruina.

2.º *La curiosidad que quiere verlo todo hasta el fin...* No, no sigue ya Pedro á Jesús para morir, ya no se gloria de esta generosa resolucion. Pues ¿por qué lo sigue? *Para ver el fin.* ¿Cómo, Pedro, puedes tú ignorar el fin? Pues ¿qué necesidad hay de verlo? ¿No te ha dicho tu Maestro que seria crucificado y entregado á la muerte, que el tercer dia resucitaria, que volveria á su Padre, que de allí te enviaria el Espíritu Santo, y que volveria al fin de los siglos á juzgar los vivos y los muertos? ¿Qué mas quieres tú saber? ¡Oh fatal curiosidad, que nos hace olvidar las verdades mas importantes, las mas ciertas, y que Dios mismo nos ha revelado!... Jóven, tú quieres verlo todo, leerlo todo, tú quieres saber qué cosa es el mundo y sus placeres. ¡Ah! ¿por ventura no lo sabes tú? ¿no te lo enseña la Escritura? el mundo es enemigo de Dios, sus bienes son falsos, sus placeres pecaminosos: todo en él es pasion, tumulto, disgusto, remordimiento, desesperacion, y ordinariamente todo en él se termina con una imprudencia final, seguida de un suplicio eterno. ¿Es necesario acaso que tú lo veas para creerlo?

3.º *La obstinacion que vuelve inútiles todas las atenciones de la Providencia...* «Seguian á Jesús Simon Pedro y un otro discípulo, y «aquel discípulo era conocido del pontífice, y entró con Jesús en el «patio del pontífice; pero Pedro quedó fuera á la puerta, y salió «aquel otro discípulo que era conocido del pontífice, y habló á la «portera, é hizo entrar á Pedro...» Al entrar en la ciudad alcanzó á Pedro un otro discípulo que era conocido del pontífice: era acaso este uno de aquellos grandes de Jerusalem que creian sinceramente en Jesucristo, bien que no se manifestasen abiertamente. Es

¹ Joan. xiii, 36.

te otro discípulo entró juntamente con Jesús en el patio de Caifás; pero la portera cerró la puerta á Pedro, como á un hombre desconocido. Si en este punto se hubiese retirado habria conservado su inocencia, y se hubiera tambien llevado la gloria de haber hecho mas que los otros Apóstoles, por haber seguido en cuanto habia podido á su Maestro. Pero no, él se obstina, y está constantemente en la puerta. El otro discípulo, comprendiendo que en aquellas circunstancias no habia seguridad alguna en aquella casa para un amigo de Jesucristo, salió y se retiró. La ocasion de hacer lo mismo por este mismo motivo era aun mas favorable en orden á Pedro. Este discípulo habia acompañado á Pedro al ir: era tambien natural que Pedro lo acompañase al volverse. El ejemplo y la experiencia de este hombre podia ser para Pedro una leccion juntamente, y un motivo para retirarse: hubiera él tenido en este discípulo un testigo de la constancia con que habia seguido á Jesucristo y de la imposibilidad en que habia estado de seguirlo mas de cerca; pero la presuncion hace la persona obstinada, y desecha todos los medios de salud que la Providencia le suministra. Pedro, que se creia mas animoso que los otros Apóstoles, se creyó mas fuerte que este otro discípulo. Él le manifestó el deseo que tenia de entrar, y acaso le suplicó que le procurase esta satisfaccion. El discípulo, humilde igualmente en el modo de juzgar de los otros que prudente para sí mismo, habló á la portera, y por su respeto se introdujo Pedro... ¡Ay de mí, y cuán obstinados somos nosotros por nosotros mismos en nuestra pérdida! El mundo nos desecha, y nosotros lo buscamos: la ocasion huye de nosotros, y nosotros la seguimos. Ni los avisos del Señor, ni los desprecios del mundo, ni el ejemplo de los justos, ni la desgracia de los pecadores, nada puede hacernos dejar nuestra obstinacion, y miserablemente perecemos.

4.º *La temeridad que no reconoce los limites...* «Pero Pedro... estando en el atrio... en el patio del sumo sacerdote... se sentó con «los ministros... y habiendo encendido fuego en medio del atrio, y «estando sentados al rededor, estaba tambien Pedro en medio de «ellos... y se calentaba... para ver el fin...» Pedro admitido una vez en palacio atravesó el primer patio del sumo sacerdote, y se fué adelantando hasta el atrio interno. Aquí los bajos oficiales y los criados se calentaban al rededor de un gran fuego. Pedro, ó ya sentado ó ya en pié, se calentaba libremente con ellos como si hubiese sido uno de ellos. Él se habia ya formado su plan para obrar segun él: no queria ser reconocido por discípulo de Jesús en esta

casa: esto hubiera sido un delito; tampoco queria renunciar á su Maestro; esta hubiera sido una infidelidad de que se aseguraba no ser capaz. En esta disposicion pensaba que no podia hallarse embarazo, y que podria despues juntarse con los otros, y hacer lo que hacian ellos, proponiéndose entre tanto, si algunos en su presencia hablasen mal de su Maestro, de callar, y de no tomar partido alguno en sus blasfemias. ¡Oh y cuántos se forman cada dia el mismo plan, y se pierden siguiéndolo! Quieren ser del mundo y de sus placeres; pero no quieren participar de sus desórdenes: no quieren por otra parte pasar por devotos, por escrupulosos; serian mal acogidos en el mundo: por esto usan un temperamento que lo salva todo, y que es fácil; esto es, de dejar decir y hacer á los otros lo que quieran, sin tomar parte en las culpas que podrán cometer. De donde es que si alguno habla impiamente de Dios, de Jesucristo, de la Religion y de la Iglesia; si alguno echa alguna proposicion contra la fe, contra la caridad y contra la honestidad, ellos callarán; no harán caso alguno de esto, se estarán insensibles, y saldrán de allí inocentes. Plan de conducta del todo opuesta al Evangelio; y supuesto esto ¿podrán ellos ser inocentes? ¿Y podrá darse que se contengan en estos limites? ¡Ah! cuántas caídas secretas y públicas son la justa pena de una temeridad tan presuntuosa y tan insensata! No ha podido mantenerse firme san Pedro, ¿y nosotros cómo nos mantendremos? Porque entre nosotros y él habrá siempre esta diferencia; era falsa, es verdad, y temeraria su conducta, pero en sustancia el amor de su Maestro es el que lo hacia proceder así, y este era su primer móvil: al contrario, el motivo de nuestra conducta es el amor del mundo, de sus bienes y de sus placeres.

PUNTO II.

Caída efectuada segun la prediccion.

1.º *Ella comienza de una sorpresa...* «Y hallándose Pedro abajo «en el patio, vino una de las criadas del sumo sacerdote... la portera... y viendo á Pedro que se calentaba, y fijando en él la vista «dijo: Este tambien estaba con él... (y enderezando la palabra) á «Pedro, dijo: ¿Por ventura no eres tú tambien de los discípulos de «este Hombre?... Tambien estabas tú con Jesús Nazareno...» La criada no le dijo estas cosas en la puerta: hubiera sido esta una grande ventura para este Apóstol, que habria podido, con retirar atrás solo un paso, huirse de allí; ella le habló mientras que se en-

tretenia con los criados, y se calentaba con ellos. La tentacion nos asalta ya en nuestra primera entrada en el mundo, sino cuando estamos ya tan internados en él, que no tenemos valor para retirarnos y dejarlo. Le quedaba á esta criada una sospecha sobre este hombre que ella habia introducido, y que no habia podido considerar con mucha atencion, ni conocer en la puerta, ó sea por la oscuridad de la noche, ó sea por respeto á la persona conocida del pontífice que se lo encomendaba, pero cuando hubo cerrado la puerta quiso saber quién era este extranjero. Vino, pues, al patio donde se calentaban los criados, y con el resplandor de las brasas le fue fácil el ver al que ella buscaba. Habiéndolo mirado atentamente, «dijo: «Este tambien estaba con él...» (lo habia acaso visto ella con Jesús en el templo). Despues de esta primera palabra, que parecia ser una pura sospecha, preguntó al Apóstol mismo... «Eres tú tambien, por «ventura, de los discípulos de este Hombre?...» Finalmente, ella lo da por cosa cierta, y continuando á hablarle «dijo: Tambien tú «estabas con Jesús Nazareno...» Podemos muy bien imaginarnos que en el momento en que esta mujer hablaba tendrian todos los ojos fijos sobre san Pedro... Él, aturdido y sobrecogido de este lance que no esperaba, no tuvo tiempo ni de deliberar, ni de reconocerse. No vió otro expediente que el de recurrir á la infidelidad y á la mentira, y este fue el partido que abrazó. Procuró disimular su embarazo, y no aparecer turbado; «pero él lo negó... delante de «todos... diciendo: Mujer, no lo conozco... No soy (*de sus discípulos*)... no sé lo que tú dices...» Hé aquí, pues, Apóstol presuntuoso, el efecto de tus bellas protestas. ¡Ah! gran Dios, ¡qué cosas de nosotros cuando en pena de nuestra temeridad nos abandonais á nuestra debilidad! ¿Quién se atreverá todavía á confiar en sí mismo despues de un tal ejemplo? ¿Qué somos nosotros en comparacion de lo que era san Pedro? Y con todo eso, este discípulo tan fervoroso, tan celoso, tan distinguido, hélo aquí pérfido y apóstata, no á la vista de un tribunal, de los suplicios, de la muerte, sino á la voz de una mujer, de una criada; delante de personas que no tienen autoridad alguna, que no le amenazan, y de quienes puede retirarse sin darles respuesta, como los hizo despues. Pero sorprendido de una tentacion que no habia previsto, lo asalta el temor, y ya no es señor de sí mismo... Cualquiera pasion, temor, amor, ambicion ó cólera, cuando se enseñoa de un corazon, y nos exponemos temerariamente á sus furios, quita del espíritu todo pensamiento racional; engrandece los objetos, los muda, y les da una tal naturaleza que

quedamos sorprendidos de su engaño, cuando la razon nos quita despues los prejuicios, y la gracia nos ha abierto los ojos. ¿Qué cosa debemos concluir de todo esto? Que no hay seguridad para nosotros sino en la fuga, en la humildad y en la oracion.

2.º *Continúa por respeto humano...* «Y salió fuera delante del atrio «y el gallo cantó... y habiendo salido él de la puerta, le vió otra «criada, y dijo á los que estaban allí: tambien estaba este con Jesús «Nazareno.» Pedro no estaba acostumbrado á la perfidia. La negacion que le arrancaron la sorpresa y el temor debió poner en consternacion su corazon. Fue acaso la imposibilidad de ocultarla la que lo determinó á retirarse: salió, pues, del patio interior, y vino hasta el atrio ó patio externo. Entonces oyó el primer canto del gallo, indicio de que era media noche. Esta voz era para Pedro, si en ella hubiese puesto su atencion, una advertencia que habria debido darle golpe, y solicitar su huida. Pero en aquel instante pudo pensar en cualquiera otra cosa, y no en la prediccion del Señor. ¿Qué cosa, pues, es la que lo detiene? ¿Quién lo empeñó á volver á entrar en el patio, y á juntarse con una compañía con quien habia hecho una prueba tan funesta su debilidad? Fue tambien la voz de una criada. Al salir del patio interno, habiéndolo visto una otra criada, les dijo á los que allí se hallaban... «Tambien este estaba con Jesús Nazareno...» Esta palabra oida de Pedro fue sin duda el motivo por que debió bien presto volver á entrar en el atrio. Temió (porque ¿quién no teme estando en pecado?), temió que su retiro se atribuyese á huida, y que descubriese de un golpe su conexion con Jesucristo y su infidelidad para con él. Sobre esta esperanza tan vana como su temor creyó que su vuelta disiparia todas sus sospechas, y por no perder la estima de una tan despreciable compañía, fué á buscarla, bien persuadido que ya no volveria á ser inquietado, y que si habia tenido la desgracia de cometer una culpa, seria la última. ¿Qué cosa hay mas irracional que estos pensamientos, que estos sentimientos, que estos proyectos, que estos temores, y que estas esperanzas?... Y ciertamente este es el medio con que el demonio mantiene en sus cadenas una alma, que despues de su primer pecado gime, y busca escaparse de su mano. Con esto la ha precipitado en un abismo de pecados, cuya enormidad crece siempre á la medida que se multiplica el número.

3.º *Crece por motivo del hábito...* «De allí á poco un otro, viéndolo, le dijo: Tambien tú eres de ellos... Y Simon Pedro se estaba «calentando. Y le dijeron: ¿Eres tú por ventura tambien de sus «discípulos?... Y él lo negó de nuevo con juramento... Ó hombre,

«yo no soy... no conozco á este Hombre...» Habiendo Simon Pedro vuelto con los criados, y calentándose con ellos, estos, que habian oido el discurso de la segunda criada, le dijeron... «¿Eres tú acaso «tambien de sus discípulos?...» Y uno de la compañía, tomando un tono afirmativo, y mirándolo, le dijo: «Tambien tú eres uno de ellos...» Lo negó por la segunda vez, y dijo: «Con juramento yo no lo soy... «no conozco á este hombre...» Aquí se ve en qué manera se forme el hábito, en qué manera, multiplicándose las culpas, vienen á ser mayores, y qué aumentos lleve tras sí la recaída... 1.º *En la tentacion...* En la primera negacion era una criada; aquí es una segunda criada y un hombre; son todos los circunstancias los que preguntan á Pedro, y lo solicitan por todas partes... 2.º *En la pasion;* la que aquí es el temor de la muerte, y crece con la tentacion... 3.º *En la debilidad;* porque despues de haber consentido á la pasion en una ocasion menos fuerte, ¿cómo se ha de resistir á ella cuando ha crecido, y la tentacion es mas fuerte? 4.º *En el pecado...* Al silencio sucedió la mentira; y aquí la mentira va apoyada del juramento, y porque Pedro habia llevado la presuncion hasta la obstinacion, Dios permite que lleve la debilidad hasta las señales externas de apostasia. Sí, aquel á quien Dios ha revelado la divinidad de su Hijo se atreve, renegando á su Maestro, á tomar este mismo Dios por testigo de que él no lo conoce. ¿Se puede caer por ventura desde mas alto á mas profundo abismo?... Tal es el funesto progreso que hace todo pecador que despues de su primer pecado no se resuelve á romper todas las cosas y á vencer todos los obstáculos para salir de la ocasion.

4.º *Va á acabar en excesos...* «Y cuási una hora despues un otro... «Uno de los criados del pontífice, pariente de aquel á quien Pedro «habia cortado la oreja... Decia afirmándolo... Ciertamente tambien este estaba con él, porque es tambien galileo... (y endere-
«zando hácia él la palabra) le dijo: ¿No te ví yo en el huerto con él? «Y de allí á poco los circunstancias se acercaron, y le dijeron á Pedro: Verdaderamente tambien tú eres uno de aquellos, pues tú «lenguaje te da á conocer... porque tú eres galileo...» Al parecer Pedro despues de su segunda negacion estuvo mas tranquilo que despues de la primera; y su culpa, aunque mas grave, le causó menos horror; á lo menos no se muestra agitado, ni turbado, y no lo vemos salir como la primera vez... ¡Funesto efecto de la recaída!... Pedro quedó en su lugar, y se lisonjeó en que ya no lo inquietarian mas, y que ya no volveria á pecar... Entre tanto no tardó mu-

cho un tercer asalto. Este fue mas vivo, y su caída tambien fue mas funesta que la segunda. De allí á poco, despues de un intervalo de cerca de una hora, dijo uno que Pedro era galileo; todos los que se hallaban allí se unieron á él, y confirmaron su parecer: seguramente, dijeron á Pedro, tú eres uno de ellos, porque tú eres galileo; tu lenguaje te manifiesta, y de esto no se puede dudar. En los primeros encuentros habia sido Pedro acusado de ser discípulo de Jesucristo; pero sin dar de ello prueba alguna: aquí empiezan las pruebas, y el discípulo se ve mucho mas acosado. Sin embargo, esto era sólo un prejuicio verdaderamente desagradable, pero que nada concluia; mas sobrevino otro criado del gran sacerdote pariente de aquel Malco, á quien Pedro habia cortado la oreja, y dijo á Pedro... «¿No te he visto yo en el huerto con él?...» Este se daba aquí por testigo ocular; nombraba el lugar donde habia visto á Pedro, y nombraba el huerto. No faltaba otra cosa que llamarlo asesino de su pariente... ¿Quién podrá figurarse de qué temor fue entonces sobrecogido el Apóstol ya perjuro?... Es fácil ver que su caída es indefectible, y que está para renegar de su Maestro por la tercera vez. Pero ¿quién podrá creer que está para hacerlo de una manera aun mas fuerte y mas inícuo que la segunda? «Pero «Pedro negó de nuevo... Entonces comenzó á echarse imprecaciones, y á perjurar que no habia conocido tal hombre... No conzóco «este hombre de quien hablais... O hombre, yo no sé lo que tú «dices; é inmediatamente antes que él hubiese acabado estas palabras... por la segunda vez cantó el gallo...» ¡Qué rápido progreso en el camino de la iniquidad! Hé aquí, pues, la palabra del Salvador verificada en todas sus circunstancias, y la promesa del hombre reducida á la nada en todos sus puntos. Hé aquí, pues, la mas fuerte columna del apostolado caída y hecha pedazos. El estrépito de su caída se ha dejado oír en toda la Iglesia, y se oirá hasta la fin de los siglos, para advertir á todos los hombres su debilidad y la necesidad que tienen de la continua asistencia de Dios. Hé aquí, pues, aquella piedra sobre que debe ser fundada la Iglesia; héla aquí quebrada y reducida á polvo: ¿y quién podrá restablecerla sino el que le ha predicho su caída?

Peticion y coloquio.

Condeno, ó Jesús, el pecado del primero de vuestros Apóstoles. Pero ¿no lo imito yo por ventura, y acaso no le excedo? Cuando he de arriesgar alguna cosa, ó sea declarándome en medio de vues-

tros enemigos, ó sea en alguna otra ocasion en favor de la justicia, de la verdad ó de la verdadera piedad, ¿tengo valor para daros testimonio? ¿Tengo á lo menos la prudencia de retirarme de estas ocasiones? ¡Ah! si la caida de Pedro me trae á la memoria la multitud de mis culpas, su vuelta á Vos, ó Dios mio, sea tambien el modelo de mi conversion... Amen.

MEDITACION CCCXVI.

PENITENCIA DE SAN PEDRO.

(Matth. xxvi, 75; Marc. xiv, 72; Luc. xxii, 61, 62).

1.º Penitencia sobrenatural; 2.º penitencia eficaz; 3.º penitencia coronada.

PUNTO I.

Penitencia sobrenatural.

1.º *Penitencia ocasionada de la vista de Jesús...* «Y volviéndose el «Señor, miró á Pedro...» *Mirada exterior...* Pedro hablaba aun y se adelantaba siempre mas en el precipicio, cuando Jesús, que iba conducido al atrio, volviéndose hácia su discípulo, supo tomar el momento en que este perjuro echaba de su parte una mirada de curiosidad para echar sobre él una mirada de misericordia. Los ojos de los dos se encontraron. ¿Y qué es lo que vió Pedro en los de su Maestro? Vió su dulzura, su compasion, y su amor para con un pérfido, que no merecia otra cosa que su odio, su indignacion y su castigo... ¡Ah! pecador, tú crees que Jesucristo te ve y te oye: echa, pues, tambien tus ojos hácia él, mira á Jesús, no armado de rayos para confundirte como mereces, sino en acto de extender los brazos para acogerte si quieres volverte á él. Si no puedes leer los sentimientos de su amor en sus ojos divinos, léelos en su Evangelio, y no resistas á las diligencias de su ternura que te convida á volverte á él... *Mirada interior...* Mientras la mirada de Jesús abrió los ojos de Pedro, una gracia poderosa, un dardo encendido inflamó su corazon, que ya empezaba á endurecerse, é iluminó su espíritu que parecia haber perdido todos sus conocimientos, y estar privado de todas las luces... ¿Cuántas veces, ó pecador, te ha solicitado la gracia á abandonar los caminos de la iniquidad para caminar por los de la virtud? Sigue, pues, un atractivo tan dulce, piensa que tu Salvador te mira, y fijate en esta mirada amorosa, que hará tu eterna felicidad si correspondes á ella. Te mira tambien sin duda el mun-

do, pero desprecia sus miradas, húyelas, y no hagas caso alguno de ellas. El mundo te mira solo para perderte. Si tú haces penitencia para agradar á sus ojos, ó si no te atreves á hacerla por temor de desagradarle, tú vives igualmente en la reprobacion. No tengas, pues, otra cosa en mira que á Jesús; vuelve á él por amor suyo, y entonces tu penitencia, como la de san Pedro, será verdadera, sincera y sobrenatural.

2.º *Penitencia ocasionada por la memoria de la palabra de Jesús...* «Y Pedro se acordó de la palabra que le dijo Jesús: Antes que el «gallo cante dos veces, me negarás tres veces...» ¡Oh memoria amarga, pero que fue el principio de una confusion saludable! La palabra de Jesucristo se ha verificado en todos sus puntos, y Pedro lo experimenta con dolor... ¡Ah! los pecadores, los réprobos, los santos experimentan que la palabra de Jesús es verdadera¹. Nos ha dicho por el Profeta: «*que para los impíos no hay paz...*» ¿No lo hemos experimentado por ventura nosotros mismos? Él nos ha dicho²: *que los malos irán al suplicio eterno.* ¿Esperamos acaso experimentarlo? Nos ha dicho tambien: *que los justos irán á la vida eterna,* y su palabra se verificará... ¡Ay de mí! nosotros lo creemos, pero nuestro mal es que perdemos de vista esta palabra, y la olvidamos. Acordémonos, pues, ahora de ella; meditémola todos los dias, é imprimámosla tan perfectamente en nuestro espíritu, que no la olvidemos ya jamás. Olvidemos todas las palabras del mundo, que no son otra cosa que error y mentira: olvidemos sus caricias, sus máximas y sus promesas, y acordémonos solamente de las palabras de Jesucristo.

PUNTO II.

Penitencia eficaz.

«Y habiendo salido fuera, lloró amargamente...»

1.º *Pedro mostró la sinceridad de su penitencia con haber salido...* Salida necesaria para evitar la ocasion del pecado. Pedro, convencido de su debilidad por la triste experiencia que habia tenido, no halló remedio para sí sino en la huida. Aun cuando estaba bien convertido, no le vino siquiera al pensamiento el ir á echarse á los piés de su Maestro para pedirle perdon de su pecado, ni de quedarse entre los criados de Caifás para retractar sus juramentos, para quitar el escándalo que habia dado, para reparar su infidelidad con una generosa confesion, y para expiar, si fuese necesario, la vileza de sus

¹ Isai. XLVIII, 22. — ² Matth. XXV, 46.

negaciones con el sacrificio de su vida... Vanas ideas, que no sirven de otra cosa que de fomentar el orgullo y el amor propio: falsos pretextos de una alma engañada, que se cree convertida, y quiere aun acercarse á los objetos que la han engañado y pervertido: es necesario comenzar por la salida, lo demás se hará á su tiempo. No se dejó engañar san Pedro: salió... Salgamos como él si queremos asegurar nuestra conversion y nuestra penitencia... Salida difícil para el que está solamente medio convertido. San Pedro despues de aquella primera negacion habia pensado en esta salida, y la habia intentado: la habia medio ejecutado, pero volvió á entrar, recayó, y sus últimas culpas fueron todavía mas graves que la primera. El que muestra dificultad en dejar la ocasion en que se ha perdido; el que la deja solo por la mitad, y esto con sentimiento, se puede asegurar que no está aun convertido; bien presto se verá recaer en el abismo, y en un abismo mas profundo que el primero... Salida fácil para cualquiera que está enteramente convertido... San Pedro quiso salir despues de su primera negacion, empezó, y no acabó. Despues de la segunda ya no pensó en salir, y lo habria pensado aun menos despues de la tercera si no fuera por la mirada misericordiosa del Señor. Pero entonces esta salida le pareció tan fácil como indispensable, y la ejecutó prontamente sin dificultad y sin obstáculos... Cuando un pecador está bien convertido no es necesario exhortarlo á evitar la ocasion, la huye, la detesta y la aborrece. Desventurada casa donde no habria debido yo entrar jamás, funesta compañía que no deberia yo haber conocido jamás, te dejo para siempre; serás para mí siempre un objeto de horror, y el motivo de mi dolor, de mi arrepentimiento y de mis lágrimas.

2.º *Pedro mostró la sinceridad de su penitencia con sus lágrimas...*
Lágrimas prontas. Penetrado Pedro del mas vivo dolor, esperaba solo el momento en que habria salido para dar un curso libre á sus lágrimas. Apenas lo miró el Señor, salió; y apenas salió comenzó á llorar... ¡Ay de mí! no he comenzado yo aun á llorar, ya ha tanto tiempo que ofendo al Señor, ya ha tanto tiempo que el Señor me llama á sí; pero mis lágrimas no le han mostrado aun mi dolor...
Lágrimas amargas. Las lágrimas de san Pedro fueron amargas, porque tenian por objeto á Dios, y la gravedad de la ofensa hecha á su nombre... Lloran algunos tal vez mas el rubor y las consecuencias de su caida que la caida misma y la ofensa de Dios... Finalmente, *lágrimas continuas...* Las lágrimas amargas que derramó Pedro luego que salió de casa de Caifás fueron solo el principio de las que der-

ramó en toda su vida. Se cuenta de él que cada vez que oia el canto del gallo derramaba torrentes de lágrimas... ¡Cuántos objetos podrian traer á nuestra memoria nuestras ofensas, y renovar incesantemente nuestro dolor si pusiésemos atencion en ellos, y si nuestro corazon fuese penitente, como lo era el de san Pedro! ¿Y cómo habria podido jamás dejar de llorar san Pedro, acordándose de las palabras de Jesucristo, y trayendo á su memoria la dulzura con que Jesús lo habia advertido, la presuncion con que él habia despreciado sus avisos, la vileza con que lo habia negado, y sobre todo la bondad con que Jesús lo habia mirado en el momento mismo en que él á la perfidia juntaba la imprecacion y el juramento? Nosotros no podemos llorar, vamos diciendo muchas veces, no podemos hacer oracion. Hé aquí un manantial de lágrimas que nos abre san Pedro: hé aquí una manera de continua meditacion y de sólida oracion. Acordémonos de las gracias que hemos recibido de Dios: acordémonos de nuestras infidelidades, del número, de las circunstancias, de la gravedad de nuestros pecados, de la misericordia infinita de un Dios ofendido, que ha sido el primero en buscarnos, en llamarnos, en ofrecernos el perdon, y en consolarnos.

PUNTO III.

Penitencia coronada.

1.º *Con el restablecimiento de san Pedro en todos los privilegios de su vocacion...* Pedro en la Iglesia de Jesucristo es la cabeza de los pecadores y la cabeza de los penitentes, y no obstante esto, la cabeza de los pastores, y el vicario de Jesucristo sobre la tierra. Pedro, que á la voz de una portera renegó de su Maestro, ha sido constituido por su Maestro portero del cielo y dispensador de sus tesoros.

2.º *Con la fidelidad de Pedro en cumplir, en toda su extension, su vocacion...* Su pecado no le ha impedido gobernar la Iglesia, ser despues de Jesucristo la piedra fundamental, y consolidarla con su sangre. Su misma debilidad ha servido á la gloria de Dios, y á manifestar su poder. Porque ¿de dónde podia traer su fuerza y su constancia sino del Espíritu Santo, el que delante de una criada del pontífice habia negado á su Maestro cuando vivia, y cuási delante de sus mismos ojos, y que despues de la muerte de este mismo Maestro le da un testimonio glorioso delante del pontífice y de su Consejo?

¡Oh providencia de mi Dios, cuán adorable sois, cuán amable!

¡Oh Jesús, bien dais Vos á conocer que habeis venido á salvar los pecadores!... Pecadores, alegraos : Pedro pecó, pecó gravemente, pecó varias veces, y ha recuperado toda la amistad de su Maestro, volvió á entrar en su vocacion, y correspondió fielmente á su alto destino. Él está á la frente de los pecadores y á la frente de los pastores. Vosotros, pues, ó pecadores penitentes, nada teneis que temer, ni de parte de Jesucristo, para con quien os podeis valer de cuanto él ha hecho por san Pedro, ni de parte de los pastores, los cuales hallan vuestra debilidad, vuestra perfidia, vuestra iniquidad en aquel que es su cabeza, y que les ha enseñado la dulzura y la compasion que deben tener para con los pecadores. Vuestra penitencia os restablecerá en gracia, y os restituirá todos los méritos que habiais adquirido antes de vuestro pecado. No obstante vuestro pecado podeis aun entrar tan adelante en la amistad de vuestro Maestro, cuanto lo estuvisteis antes : podeis darle tanta gloria y llegar á una tan alta perfeccion como si no hubiéseis pecado. Vuestro mismo pecado puede venir á ser para vosotros un medio y un motivo de glorificar á Dios con ventajas, de hacer mayores progresos en la virtud, y de manteneros en un fervor que no habriais acaso tenido si no hubiéseis pecado.

Peticion y coloquio.

¡Oh grande Apóstol! enseñadnos á aprovecharnos como Vos de nuestras flaquezas, á rescatar el tiempo, á asegurar nuestra vocacion y nuestra eleccion por medio de nuestras buenas obras. Conseguidnos el derramar como Vos sobre nuestros pecados lágrimas amargas, cuyo manantial no se seque jamás; lágrimas exprimidas de un generoso arrepentimiento, acompañadas de una santa confusion, y templadas de una humilde confianza, lágrimas semejantes á las que Vos derramásteis, para empezar á lavar vuestra culpa hasta que os fue permitido anegarla en vuestra sangre. Alcanzadnos finalmente la gracia de reparar nuestras iniquidades, y de llorarlas como Vos todos los dias de nuestra vida y hasta la muerte. Amen.

MEDITACION CCCXVII.

SEGUNDO CONSEJO DE LOS JUDÍOS, TENIDO AL ROMPER DEL DIA, EN QUE JESUCRISTO COMPARECE, Y ES JUZGADO DIGNO DE MUERTE.

(Marc. xv, 4; Matth. xxvii, 1; Luc. xxii, 66-71).

1.º Razones de este segundo Consejo; 2.º respuesta de Jesucristo en este segundo Consejo; 3.º decision de este segundo Consejo.

PUNTO I.

Razones de este segundo Consejo.

«Y luego por la mañana... los príncipes de los sacerdotes con los «ancianos y los escribas, y todo el congreso... tuvieron Consejo «contra Jesús para hacerlo morir... Y lo llevaron á su Sinedrio, y «le dijeron : Si tú eres el Cristo dínoslo...»

1.º *Primera razon de este Consejo tomada de la parte del pueblo...* Se juntó este segundo Consejo para ratificar el primero, y dar á la condenacion de Jesucristo una forma jurídica que pudiese tener fuerza para con el pueblo. Desde la mañana los sumos pontífices, Caifás, que aquel año estaba en ejercicio, y Anás, su suegro, juntaron el Consejo, á que intervinieron todos los príncipes de los sacerdotes, ó sea cabezas de las familias sacerdotales, todos los ancianos del pueblo, esto es, los senadores ó sea magistrados, y todos los escribas ó sea doctores de la ley; en una palabra, todos aquellos que tenian voz en Consejo. No hubo acaso jamás otro mas numeroso ni mas universal. Es muy verosímil que habiéndose tenido el primero por la noche luego que Jesús fue conducido á la casa de Caifás, faltaron á él muchos miembros, ó sea por no interrumpir su reposo, ó acaso por la duda de que no pudiesen salir con arres-tar un hombre que habia huido tantas veces de sus manos. Pero cuando convidados de Caifás supieron que Jesucristo habia sido ar-restado, y estaba ya condenado por el primer Consejo, todos se apresuraron para asistir al segundo, tanto los que habian interve-nido en el primero, como los que no habian asistido. Fuera de las ven-tajas del número, tenia tambien este segundo Sinedrio las aparien-cias de la solidez, de la moderacion y de la sabiduría. Parecia por esto que no hubiesen precipitado cosa alguna, y que habian dado al acusado el tiempo conveniente para entrar en sí mismo, y que no lo condenaron sino despues de haberlo visto persistir en su de-